

**BAR FLORIDA** – Av. Boedo 944

04/01/13 – 9.00 a 12.00

Registro de campo (Mercedes)

Había acordado una entrevista con José Luis, dueño, pero cuando llego hay otro encargado que me dice que José Luis llega a las 11. Le digo que lo espero. Me siento en una mesa contra la pared, mirando hacia el gran ventanal que ocupa toda la salida a la calle, con sus puertas abiertas de par en par. Desisto de las medialunas para acompañar el café con leche cuando veo que hay cuernitos de grasa. Me pido uno, pero termina siendo decepcionante. El café con leche, además, es demasiado fuerte para mi gusto.

Al lado mío en una mesa doble central, tres jubilados conversan hojeando un diario. Detrás, en otra mesa doble central, el encargado conversa con otro hombre, mientras también leen el diario. Presto atención a la conversación de los viejitos, que están charlando sobre su peso y cuánto engordaron con los años, y métodos de adelgazar (me da gracia, pues esa charla la tengo asociada a las mujeres): “En verano me hago un bol de gelatina, entonces ¿tengo hambre? Me la como toda, total es agua! Y fruta, fruta, fruta”. Luego pasan a otro tema, el ABL para jubilados. Cuentan historias de conocidos con el ABL, si les aumentó mucho, cómo hacer el trámite para la exención, de cuánto paga cada uno. De ahí saltan al tema del impuesto a las ganancias y surge un tema de etiqueta, ante un amigo no presente que paga mucho: “Yo a Roberto no le pregunto cuánto gana, hay cosas que no se preguntan”. También conversan sobre qué harían con un millón de “pesos, dólares, lo que vos quieras”. “Qué haces? Mujeres? Auto? Yo te digo: no sé. Porque lo que uno disfruta al final son las pequeñas cosas, como el café”. Cuenta de cómo lo “sacudieron” en Café Martínez el otro día, pero que es como tomarse un buen whisky, que vale la pena: “Con tu millón de pesos nos compramos un café” retruca otro. Hablan de jugar al Loto y de la inseguridad, comentan casos de ganadores robados que vieron en la tele.

Entra un señor y de la mesa de atrás lo saludan: “Robert!! El Robert de la gente!!” Pasa a charlar con el encargado, los viejitos no lo registran, siguen muy compenetrados hablando de plata.

Se escucha fuerte el ruido de la cafetera. Me pongo a hojear un Clarín que había en la barra. Además del Clarín, tienen un diario Olé, y me sorprende ver que también tienen una revista Gente y una Caras. Pienso en la cantidad de veces que he leído diarios en bares.

Llega un policía y otro señor, se saludan con el encargado, se dan la mano, se ponen a conversar de fútbol.

Los viejitos pasaron al tema del ejercicio: “Yo camino, estoy viendo de hacer bicicleta”.

Llega otro hombre joven, también se saludan con el encargado. Un señor solo que llegó hace un rato y estaba leyendo el diario grita “Nacho, me haces un cortado con leche

fría!”. Dos hombres toman café en la barra mientras conversan con un viejo que oficia de mozo, pero me parece que es un habitué.

Uno de los viejitos de al lado se va. El otro, que estaba de espaldas a la calle, se cambia al lado del que queda. Los dos miran la calle.

Llega otro señor, el encargado lo saluda: “Hola Cacho!”

Luego de un rato, se va otro viejito de la mesa de al lado, queda sólo uno con un plantín de malvón en la mesa. Se queda un rato más y luego se va: “Chau, Mario”, lo saluda el encargado.

Ahora hay 4 mesas de hombres solos leyendo el diario o mirando hacia afuera. Todos se sientan mirando a la calle, nadie habla. Ahora la calle está tranquila, pasa poca gente por la vereda. Me cuesta concentrarme en el diario, me resulta más atractivo ver con ellos a la gente que circula. Hay una tele apagada. No hay radio ni música, sólo el eventual ruido de la vajilla cuando levantan una mesa o cuando preparan café.

Los ruidos de la calle penetran el bar – colectivos, cierre de puerta de autos, gente caminando y hablando por celular o conversando con otra, ruedas de changuitos sobre las baldosas, descarga de mercaderías para los negocios de la cuadra.

La estética del bar me resulta rara. Es viejo, pero no da “antiguo”, ni elegante o pintoresco. Sillas y mesas de caño, piso de baldosa granítica, paredes con azulejos color camel con relieve, mostrador con heladera de fórmica, iluminación de tubo fluorescente, tres ventiladores de techo que andan cansinamente, sin Aire Acondicionado. El frente, todo de vidrio, me hace pensar en una vidriera al revés. Los de afuera pasan apurados y concentrados en sus cosas, no miran casi nunca hacia adentro. Los que están adentro, por el contrario, parecen hipnotizados mirando hacia afuera.

Diversos hombres solos se sientan en mesas a leer el diario, a ver la gente pasar, a tomar un café y luego seguir su camino. Se quedan una media hora, saludan al encargado por su nombre, algunos se saludan entre ellos. Salvo a uno que me miró con curiosidad cuando entró, al resto no parece importarle que yo esté allí.

A las 10.30 entra una señora mayor, con bastón (la primera mujer que veo) y se sienta junto al ventanal. Pide licuado pero el encargado le dice que “tenemos rota la máquina, la tienen que venir a arreglar”, así que se conforma con una Levité de pomelo. La toma muy lentamente, como si fuera una excusa para estar ahí sentada un rato mirando la calle.

Al rato entra una señora de unos 50 años, parece una indigente, dice “buen día” y va derecho para el fondo, se mete en una puerta y el encargado le grita “Ese es el de hombres!” La señora se ríe y pasa a la puerta de al lado. Otro hombre, también con pinta de indigente, va tras ella, se mete al baño de hombres. Salen los dos juntos, dicen “gracias” y se van.

Siguen entrando y saliendo hombres solos que piden cortado y leen el diario. Uno de ellos que viene con una bolsita de plástico con víveres pasa por detrás del mostrador y la mete en la heladera del bar. El encargado y el mozo salen un rato a conversar a la vereda.

Tanto acá como en el Alenjo hay teléfono público, pero no hay enchufes ni internet. El teléfono del local es muy ruidoso. Se siente el tránsito de la avenida cada vez más ruidoso también.

A diferencia de Alenjo, acá parece haber menos “comunidad”, si bien es claro que la gente que viene es habitué. Tal vez el hecho de que no sea un bar de juegos haga que la sociabilidad sea más ¿abierta? Casi nadie me miró al entrar y, salvo el encargado, nadie me dirigió la palabra.

PD: Hoy (07/01) pasé por la puerta a la tarde, tipo 18.00, y vi que estaban todos pendientes del televisor, me asomé un poco y vi que era una carrera de caballos, habrá que averiguar mejor al respecto.

#### **14/01/13 – 17.30 a 20.30**

Voy hoy (lunes) a esta hora porque en la entrevista Luis me comentó que siempre hay carreras (todos los lunes de 15 a 20 aprox y viernes y sábados alternadamente). Cuando llego, saludo a Luis y a su esposa Liliana que están detrás de la barra y elijo una mesa a la altura del centro del salón, contra la pared.

Llego con mucho calor, pido un cortado y un vaso de agua, me trae un vaso grande de agua fría, que a lo largo de la tarde vuelve a llenar. El cortado me sabe quemado. A lo largo del salón hay tres ventiladores de techo que están andando lentamente. Nadie parece tener calor.

Observo la barra. En los estantes detrás del mostrador veo algunas cervezas corona individuales, botellitas de sidra real individuales, botellas de Legui, Cinar, J&B, fernet, Cointreau, que sostienen un escudo de Almagro y un par de fotos familiares. También hay un estante de alambre que tiene bananas, naranjas y limones. En otra estantería veo una spika, botellas de Toro Viejo.

En el salón hay dos televisores de tubo grandes, uno a la entrada, en la esquina entre la vidriera y la pared puesto en diagonal. Otro igual a la mitad del salón (dado cómo me senté, queda a mis espaldas). Cuando llego están sintonizando la jornada de carreras en el Hipódromo Argentino de Palermo. No sé qué canal es.

Cerca del televisor de adelante hay una mesa larga armada con tres mesas, allí veo 6 hombres grandes sentados tomando café o gaseosas, con unas revistas que supongo que son de las carreras (luego veo que una se llama Palermo Rosa y otra Campeones). Alrededor de esa mesa, que es la más ruidosa, hay otros hombres sentados en mesas individuales y otros en la barra, y hay otra mesa con tres hombres más. Detrás de mí, mirando al segundo televisor, una mesa de dos, y dos mesas de uno. El promedio de edad es de 65/70 años, aunque hay algunos hombres más jóvenes, de unos 55/60, pero son los menos. La mayoría de ellos circula, entran y salen a fumar o a apostar a la agencia de al lado (de la “alianza virtuosa” con la agencia nos había contado Luis en la entrevista). Cuando están afuera también se mueven por la vereda frente al local. Todos hablan en voz alta, gritando. Hay uno que a veces silba, pero no logro identificarlo. En un momento silba "Attention, mesdames et messieurs" (la cortina musical de No toca Botón), en otro momento silba “El viejo hospital de los muñecos”, también silba como aliento cuando corren los caballos.

La relación de Luis con los clientes es de mucha confianza. En un momento sale haciendo trencito con uno a fumar. Luis fuma mucho, cada 10 min aprox sale a fumar y se queda charlando con gente que pasa por la calle o con clientes que también salen a fumar. Luego vuelve un rato a la barra, sirve lo que le piden de las mesas, limpia, se lleva las cosas sucias, está en movimiento permanente. No presta atención a las carreras.

Cuando llego, Liliana parece estar fuera de esta dinámica, la veo leer el diario detrás del mostrador, mandando mensajes en el celu, pero con el correr del tiempo veo que también está integrada al ida y vuelta de confianza con los clientes.

Los hombres conversan en voz muy alta y se ríen todo el tiempo, excepto cuando larga una carrera (cada 20 min aprox). La carrera dura menos de dos minutos y, al principio, todos miran callados, expectantes. Algunos se paran, se acercan a la tele, se ponen los anteojos, se los sacan, parecen nerviosos. Cuando ya se va definiendo cuál va a ser el caballo ganador, empiezan a gritarle al televisor, alentando: “Vamos, papá, vamos!!”. Cuando termina la carrera también gritan, pero ya entre ellos, gastándose entre sí por haber perdido “A vos te gusta tirar la plata!” o festejando si ganaron. Todos miran sus tickets de apuesta. Discuten sobre el ganador, si paga bien o mal, quién hizo una buena jugada y quién no. En la tele aparecen especificaciones de cada carrera previo a la largada (qué tipo de yeguas corren, tipo de suelo, tipo de apuestas disponibles) pero a

eso no le prestan atención. De hecho, todo el tiempo que no se corre, la tele está muda. Cuando larga sí tiene sonido, con la voz del relator (esto parece ser algo propio del canal, ya que no veo a nadie controlando el volumen).

Más allá de los gritos y las cargadas, el trato físico entre ellos es muy cariñoso. Cada vez que entra alguno nuevo se saludan con beso y abrazo, se palmean la espalda, cuando uno se levanta o vuelve de fumar o del baño a veces se queda apoyando las manos en la espalda de otro, se hablan al oído, se tocan el pelo.

También se mueven para ir a charlar con Luis a la barra o con alguno que está en una mesa más alejada. A veces charlan con el cigarrillo en la mano. El cigarrillo a veces lo prenden antes de salir y luego dan la última pitada al entrar. Uno de los que se acerca a la barra a hablar con Luis cuenta de sus vacaciones, del tráfico para volver. Luis le dice que tendría que haber tomado por otra ruta y el otro le dice que no, que la mujer no quería, y pasan a hacerse chistes sobre la sumisión a las mujeres: “Después me tengo que ir a dormir abajo de la autopista”, todos asienten y se ríen.

Algunos de los clientes pasan detrás de la barra como algo normal, Luis ni los mira. Uno mientras charla le pasa una franela a una heladera, otro se va a fumar al fondo, detrás de la barra, donde están las piletas de lavar los platos. Otro va a la piletta a buscar un vaso de agua de la canilla. Otro va y busca unas llaves y un estuche (anteojos? stereo del auto?)

En la mesa más concurrida se ponen a discutir de futbol. Luis retira todos los cafés y trae una Quilmes de litro con cuatro vasos y una tabla con ingredientes (papitas, aceitunas y maní). Uno de los vasos se lo sirven a uno que está en otra mesa, al lado. Otro de ellos come un chupetín. A veces cuando discuten se levantan interpellando a los de las mesas contiguas, participándolos, pidiéndoles que tomen posición.

Entra una pareja joven (25 aprox) pinta hippiesca, le preguntan algo a Luis que les dice que no, y se van. Luego le pregunto yo a él qué era lo que buscaban y me dijo que le preguntaron si tenía pizza, que ellos no hacen. Ahí también me pide disculpas porque “sabés que me olvidé que como ahora es enero, hay mucha gente de vacaciones, si no esto se llena”.

El que limpiaba la heladera ahora se sentó en una mesa a leer el diario. Otro lee el diario en la barra. Ninguno de ellos consume nada. Hay varias mesas así, con gente que está

mirando los caballos y que no consume nada. En otras mesas sí, veo cafés o gaseosas. Los que más consumen son los de la mesa grande, que piden varias rondas de cerveza con ingredientes y luego otra ronda de cafés. Todo el tiempo se están levantando, varios de ellos van y vuelven con nuevos tickets de apuesta, que reparten con otros.

Los precios que veo en la pizarra no me resultan baratos (café con leche \$24, Stella Artois, \$42.-, en la entrevista a la dueña de Musetta ella nos decía que tenía la Stella a \$36 y no se animaba a subirla a \$39 porque no quería que el bar se le llenara “de chetos”).

De vez en cuando me llega un aroma a vainilla, luego de un rato me doy cuenta de que tienen dos aromatizadores en la pared, uno cerca de los baños y otro a la mitad del salón, que cada tanto perfuman el ambiente.

18.30. A la mesa principal llega más gente, se saludan efusivamente, agregan sillas.

Entra una señora sola, de unos 50 años, saluda, pero no parece habituée. Pide un licuado de banana (el ruido de la licuadora es tremendo!!) – que Luis le sirve en un vaso chico junto a una jarrita de plástico - y una porción de tarta de verdura. Se sienta al fondo mirando hacia afuera, pero no interactúa con nadie.

Entra un chico de unos 20 años, tiene algún tipo de retraso. Todos lo saludan y lo festejan. Después veo que está con el papá, un hombre de alrededor de 50, que es uno de los que mira las carreras. Me causa gracia que los dos tienen la misma remera en distinto color. El chico se mueve por el local con mucha confianza, también va detrás del mostrador. Le saca los ingredientes a los de la mesa principal que le charlan y le hacen bromas, el papá le lleva una sprite a una mesa de las que están contra la ventana. Más tarde va al mostrador y pide una empanada de verdura y otra sprite. Parece que desconfía del relleno de la empanada, porque el padre la prueba primero y le dice “Ves? Es de verdura”. Liliana lo reta “Che, pero le comiste media empanada!!”

Luis se sienta en la mesa de al lado mío a tomar un café mientras le mira el diario al lado, que está ahí sentado sin consumir. Liliana también sale a fumar. Va al lado y vuelve, comenta desde la puerta los resultados de la quiniela “Alguien jugó al 63?”. Entre las idas a la agencia y a fumar, la circulación es constante, no se quedan quietos. Cada vez que alguno va al baño, además, se escucha un portazo. Recién cuando pasan al baño algunos notan mi presencia y me miran con curiosidad. Los pocos que están

mirando el televisor que tengo detrás de mí, no me registran. Esos casi no charlan, están muy concentrados mirando la tele.

Algo que me llama la atención es que, mientras circulan, a veces se sientan en diferentes mesas, pero siempre le preguntan a Luis “che, esta está ocupada?” sin importar si la mesa tiene restos de alguna consumición o está limpia, ellos igual preguntan.

Tipo 19 llega otro cliente “de paso” que pide tarta de jamón y queso y agua saborizada. Es un hombre de unos 50 años que podría pasar por habitué. Se sienta en una mesa central detrás de mí, mirando hacia la calle, y habla por celular. Al rato, un hombre de 35/40, también “de paso”, se sienta en una mesa central al lado mío, pide tostado de queso y tomate y agua mineral. Saca un libro “El atlético invisible” y se pone a ver el celular. No veo celulares en las mesas de los habitués. Sólo las revistas de caballos, tickets, anteojos y bebidas.

Llega un hombre de unos 30 años. Se lo ve sucio, desalineado, le falta un brazo. Tiene el pelo largo con rulos y pinta de metalero. Veo que tiene un cartel plastificado colgado al cuello (será algo de discapacidad?) Deja unos bolsos detrás del mostrador y se va con un objeto que no logro distinguir.

Uno va a buscar un escarbadiantes al mostrador. Se siente intermitentemente el ruido de la cafetera. Algunos de la mesa principal se despiden y se van. Afuera, Liliana se pone a conversar con una señora mayor que pasaba por la vereda.

Viene Luis y me cuenta una anécdota de otro cliente “famoso”. Rolo Villar, humorista e imitador de Radio 10 que es habitué, me cuenta la vida de este hombre y su relación con él, a partir de compartir la infancia en José Ingenieros (localidad del conurbano de donde es oriundo Luis).

Entra un hombre y todos lo saludan. Uno le pregunta qué compró y el que entró le dice “nada, si había como 15 mil personas”. Se ponen a discutir sobre aparatos para tomar la presión (que yo tengo tal marca, que se infla así, que tal no funciona).

Suena el teléfono, tiene un ring fuerte. Debe haber sido un pedido porque a los 5 minutos Luis sale con una bandeja y le grita a Liliana desde la puerta: “Anotale 22 a Jorge”

19.45 Queda menos gente. La mesa principal tiene unos 7 hombres y luego algunas mesas sueltas. Entra un señor con una nena que piden para usar el baño. Liliana les indica el camino. Detrás de la barra Luis y Liliana conversan con un señor y en un momento Luis se ríe y grita “No puede ser!! Me quiero separar!! Ayer cumplí 29 años de casado y no quiero llegar a los 30!!” Eso abre la charla a todos que se ponen a contar cuánto tiempo hace que están casados.

Luis vuelve a llevar café a la mesa principal. Mientras veo que vuelve el manco. Recién ahora veo que lo que se había llevado es un jarro hecho como de goma o algún material flexible. Desparrama las monedas del interior del jarro sobre el mostrador. Luis se las cambia por billetes. Vuelve a sacar los bolsos de atrás del mostrador y se va.

20.00 Ya queda menos gente, hay menos barullo. Se escuchan más los ruidos de la calle. Liliana sale y se encuentra con una señora que pasaba por ahí y charla con ella. Los hombres de la principal piden “Luisito, la última!” Liliana lo llama “Luis, mirá!” y el saluda a la señora “Qué tal, Teresita?” Charlan los tres un rato en la puerta y luego entra a comentarles a los de la mesa principal “Es la mujer de Toto, la mama de XXX (no llegué a oír), vive acá en Garay y Colombes” y se da un diálogo entre la señora y los de la mesa. La señora le pregunta al más joven (de unos 40 años) “De dónde nos conocemos?”. El le contesta “Mi papá era Atilio”. Y ella “Ah, sí, del mercado de Inclán, que ahora lo cerraron. Tengo que ir a esa porquería de Carrefour”. La señora entra y se sienta con ellos a la mesa, se ponen a charlar sobre el barrio.

Entra una adolescente con unas bandejas de metal bajo el brazo, mira todas las mesas, agarra un estuche que había en una mesa vacía, Luis la mira mal, le dice que lo deje y que se vaya. Llegan dos nuevos a ver las carreras, uno gordo de unos 50 y uno más joven 35/40, pelado. Se sientan detrás de mí.

La conversación en la mesa grande sigue. La señora: “Y mi marido hasta que se murió venía acá, uds lo conocían”. El joven “Sí, claro, paraba acá con mi papá”. Luis se acerca a contarme sobre esto. Me cuenta que el chico joven la reconoció al verla conversando en la puerta. “Ella es mamá de dos arquitectos que paran acá también, que justo hoy no vinieron. El chico es hijo de un famoso achurero en el mercado de Inclán y Maza”. Luis se emociona trantando de transmitir que ese es el ejemplo perfecto del “bar de barrio”, del lugar de encuentro y comunión entre los parroquianos “Imaginate que este de



camisa roja se mudó a Villa Luro pero sigue viniendo todos los días”. Me dice que episodios como ese se dan espontáneamente.

Luego me cuenta más de su vida personal, que ellos viven en Constitución pero quisieran mudarse a Boedo, pero que está caro. Me cuenta las ventajas del barrio “Dentro de todo es seguro, es céntrico, tenés el subte, es alto, no se inunda jamás”.

Liliana vuelve a entrar luego de que la señora se va. Uno tiró algo al piso, agua? Ella va y limpia, pero lo delata “Luis, mirá lo que hizo!” Entre todos la cargan “No hace nada en todo el día y se queja”.

Quedan pocos ya, creo que las carreras terminaron. Le pregunto a Liliana cuándo hay otra vez, ella se fija en un papel y me dice “Venite el viernes”. Dejo la plata de mi cortado debajo del pocillo, saludo y me voy.